

Puntos de fuga

Ojos bien cerrados *Otra mirada*

GABRIELA MERCADAL

Ciertamente, un comienzo de film bien elocuente. No sólo porque desde allí las máscaras comienzan a perfilarse, más bien porque se delinea el juego que se abre: los anteojos no se necesitan en la estrategia histérica. El desdoblamiento cede un espacio fantasmático al servicio de *ser vista*. Pero los esfuerzos no quedarán allí; se redoblarán frente a la ceguera obsesiva, demasiado ensimismada en el ritual de la corrección. Un infructuoso intento más, pero la danza de la seducción tampoco convocará su mirada; sólo sostenida como testigo de ajenos desbordes, claro está, el más discreto.

Será necesario entonces armar la trampa, esta vez más directiva. El invitado asiste al festín. A partir de allí la trampa se torna venga. Paradojas del voyeur en las que la mirada pretendidamente omnipresente no permite ver-se. Un goce petrificado en las imágenes de su mujer gozando con un supuesto amante marcan un camino demasiado estructurado como para posibilitar una salida creativa, deseante. El amo al que obedecer ya levantó sus estandartes; es sólo cuestión de seguir sus marcas. Él mira, tanto como pueda para no ver nada; todo lo posible como para sostener su fantasma, para que no se convenga. La dualidad ver – ser visto ocupa la escena donde aquel verse ofrecería la terceridad de una salida singular. ¿"Excitándose con la desmesura" -intervalo para el deseo- o gozando con ella -su negación misma-?

La respuesta nos la da el final del camino. Nada nuevo bajo el sol. Se ha mandado y se ha obedecido; se ha mirado pero no se ha visto. Se ha avanzado, es cierto, pero no más que por la vía de un goce tan alienante como estructurante. Estructurante de un imaginario necesario para sostener la farsa. Farsa necesaria para seguir, como siempre, con los ojos bien cerrados. ■

El presente texto fue publicado en J.J.M. Fariña, (comp.), Ética y Cine, Eudeba/JVE Ediciones.
Buenos Aires, 2001.